

*La muerte es la sombra
de un gato negro
y otros cuentos*

*Jonathan
Vázquez*



Jonathan Vázquez

**La muerte es la sombra
de un gato negro
y otros cuentos**



Que así sea

Ir al templo siempre me dio miedo. Las pálidas figuras que encuadraban el camino al altar tenían tatuado el semblante lastimero de quien se arrepiente de sus circunstancias y yo, caminando de la mano de María, no podría sentirme más arrepentido. Cerraba los ojos apenas tocaba la entrada, dejándome llevar por aquella mano apresurada que estaba eternamente helada y se sentía ligera. De lo que ocurría siempre ahí recuerdo apenas poco; el ambiente sepulcral, las miradas de lágrimas de yeso que vigilaban a la audiencia, rastros de cera y susurros compasados que tarareaban siempre la misma plegaria del perdón. Una dinámica a la que atendía a la fuerza, sin entender lo que ocurría en torno a la imagen del cristo doliente que sangraba sobre el sacerdote.

No obstante, yo no tenía a donde ir. Cada semana estaba condenado a caminar con paso tembloroso a través las figuras de yeso, que todos menos yo encontraban preciosas. Me asustaba pensar que me seguían con la mirada y a esa edad, no podía yo demostrar el temor que implicaba ir al templo con María; siempre con los ojos cerrados para no toparme con el juicio divino de las esculturas, ni el juicio terrenal de mi madre y su marido que me miraba con desdén.

El sacerdote siempre decía que había que tomar nuestra cruz y seguir la palabra de Dios. Y yo, en medio de una discusión con María pregunté el significado de aquella oscura frase. Ella dejó el café de lado y con sus ojos cansados me habló de sacrificios; de lidiar con aquello que se sale de nuestras manos y entender, que al final, era obra de Dios todo lo que pasaba. Aquella tarde me quedé callado tratando de comprender cuáles eran los sacrificios de cada uno de nosotros.

El siguiente domingo asumí mi cruz y encontré en María una leve sonrisa cuando quiso tirar de mi brazo y me notó con los ojos abiertos. Su mano también se sintió más tibia. El miedo seguía latiéndome tras los oídos, y mirar a los ojos a la dolorosa —que estaba cerca del pórtico— siempre con el grito ahogado pendiente de sus labios y su cruz apoyada en las lágrimas salientes, resultaba imposible. Bastó un breve vistazo para tatuarla en mis párpados.

Apenas terminé de cumplir con las ceremonias que María mi madre exigió, dejé de ir a la iglesia luego de que ella rompiera la tradición dominical. A veces la topaba saliendo a la carrera cuando su marido seguía dormido y veía sus ojos sombreados saludarme con un breve destello silencioso. Jamás pregunté la razón y asumí que cargaba con su propia cruz. Y no estaba equivocado. ¿Quién iba a pensar que dos años después de asumir mi cruz sería yo quien tirara de ella para entrar al templo? En procesión avanzamos hacia la mirada

lastimera del cristo sangrante, sus ojos estaban cerrados y entendí que el miedo se apoderaba de ella. Lo hacía de mí también, pero estaba condenado y del mismo modo que años atrás; no tenía a dónde ir.

En medio de la ceremonia comprendí aquello que no pude resolver dos años atrás: La cruz de María. Y vinieron a mí como fotogramas opacos la cara de María con sus ojos cansados, la constante pigmentación de la piel alrededor de ellos, su evidente silencio, la temerosa mirada que me heredó cuando miraba los adornos del templo, sus brazos fríos, sus dolores constantes y el temblor siempre oportuno frente a él. Entendí entonces por qué su cruz tenía miedo de entrar con nosotros y se quedaba afuera como un niño castigado.

Aquella ocasión, dejé de sentir miedo de ir al templo y estando dentro temí de la salida. Y encontré, a través del cristal que nos dividía a mi madre y a mí, una dolorosa que con los ojos cerrados frenaba el flujo de las lágrimas que de más

pequeño me habían atemorizado. Y no había entendido nada, hasta que fluyeron por mi mejilla como las gotas de cera, quemándome la piel y aprisionándome el pecho. Mi cruz ya no era la misma que antes y cuando el sacerdote terminó sus plegarias me alegré porque ella había soltado ya la suya.

De lo que ocurrió después recuerdo apenas poco; el ambiente sepulcral, las miradas de lágrimas de yeso que vigilaban a la audiencia, rastros de cera y susurros compasados que tararearon la misma plegaria del perdón; Ruega por ella.

Ruega por ella, y perdónalo a él.

Hay un monstruo en el ropero

Del camino al hospital recuerdo apenas poco. El paisaje difuso y la imagen empañada del auto en movimiento. Esthela había puesto música, supongo que para mitigar el ardor del silencio en nuestros huesos, pero yo no ponía atención; ni a la música ni a nada, en realidad. Se sentía el aire pesado y un pequeño escalofrío me arrolló cuando me empujó levemente a la puerta. Era momento de cruzarla y aunque mi mente lo sabía, mi cuerpo lo negaba.

Esthela nos guiaba a través del lóbrego laberinto de pasillos blancos inundados con el característico olor a podredumbre que la muerte arrastra. El olor, que lastimaba mi nariz, era casi tangible por encima

del limpiador con que intentaban camuflar el aroma. Subimos unas escaleras y nos recibió una lámpara que parpadeaba sobre las cinco enfermeras que charlaban tranquilamente. Una risa ahogada se plasmó en las paredes y el eco se mofaba del ambiente sepulcral.

Nosotros nos escudamos detrás de Esthela, escondiéndonos del ceño fruncido de la mujer más alta e imponente. Explicar lo pequeño que me sentí sería admitir el miedo que hacía hervir mi sangre, y si bien estaba aterrado y con la garganta sellada, intenté mostrarme tranquilo mientras nuestra cuidadora le entregaba un papel ya arrugado de tantas veces que había sido revisado. Luego de darle una leída breve, como quien finge leer el periódico pero no pasa del encabezado, nos dirigió una sonrisa lastimera. La

misma sonrisa que vi a papá plantarle a Diego cuando atropellaron a su perro. Todo va a estar bien le dijo, intentando suavizar la noticia. Y eso estaba haciendo la mujer de cabello castaño que un minuto antes nos veía con una combinación de cansancio y molestia. A simple vista el papel suponía un privilegio; era un boleto de primera fila a una función que nadie pidió.

Eso lo supe cuando llegó Esthela por nosotros. Hubiera sonado divertido el salir horas antes de la escuela, si no supiera que tendríamos que venir aquí. Pero advertí en su mirada la urgencia de traernos. La misma mirada lastimera de papá y de la enfermera la había visto en ella, y en el camino la esbozaba para mí en el reflejo. Y a nadie se la creí. Todos sabíamos que ya era tarde para la esperanza.

Al centro de la pared detrás de la enfermera, por encima de la vieja televisión que murmuraba cosas que a mí me sonaban en otro idioma, estaba un viejo reloj que ponía en el centro el logo del hospital, mismo que se había encargado de recordarme donde estaba por lo menos diez veces desde que bajé del coche de Esthela. Era la una y cinco.

Estábamos atrapados. Eso lo sabíamos todos, incluso antes de llegar al laberinto de pasillos apestosos a lágrimas enjugadas y oraciones dichas a la carrera. Estábamos atrapados, y lo peor es que sabíamos que lo estuvimos desde hace mucho y que nada cambiaría si intentábamos huir; quizá por eso seguimos caminando por el pasillo que nos señaló la enfermera con paso firme.

Un letrero verde con números blancos señalaba la sucesión 120 — 158. Es por aquí. Susurró Esthela por encima del silencio y giramos a la derecha, por un pasillo angosto. A cada lado se abrían puertas de otros enfermos; algunos solos y tristes, otros llorando de dolor o simulando una sonrisa que su rostro contraía cuando sus familiares les decían que fulanito había sacado diez en el examen de español. Llegamos a la puerta. 127. Mi corazón se aceleraba igual que el de un niño que reúne fuerzas para enfrentar al monstruo al otro lado del ropero. ¿A quién engaño? Yo también era un niño y lo sabía. Por eso mis manos sudaban y mi garganta se cerraba. Estaba a nada de abrir la puerta del armario y enfrentarme a ese monstruo que me atemorizaba. Yo no tenía armadura y correr con mamá

no era opción. A ella la tenía el monstruo y debía vencerlo. Por ella. Por nosotros. —Todo va a estar bien.

La puerta tenía una pequeña ventana para mirar al interior, cubierta con una cortina que colgaba por dentro. Alcancé a verme reflejado en el cristal y lo intenté. Por un momento intenté convencerme de que la débil sonrisa que estaba esbozando disminuiría el golpe. No me creí. Cuando Esthela giró el picaporte cerré con fuerza los puños, listo para enfrentar al monstruo al otro lado de la puerta. Lo último que vi fue mi reflejo asustado en una lágrima que bajaba suavemente por su mejilla.

La muerte es la sombra de un gato negro

Hasta ese día, la imagen que tenía de la muerte era la más insípida. Ni siquiera era propia. Hasta ese día yo había visto a la muerte de lejos y no me atrevía a mirarla a los ojos. Yo le di rostro esperando reconocerla para retroceder ante su presencia como se evita al enemigo. Y es que, después de todo, asumí que tenía que ser mi enemiga. También pensaba que podía ignorársele como se ignora el ruido del tráfico a lo lejos.

Hasta ese día, me di cuenta de que la muerte es la sombra de un gato negro. Me costó mucho entenderlo. La primera vez que la vi fue como una ráfaga de viento

que se escapa de la vista, pasó sigilosa a un lado mío y nunca advertí que, en el silencio de casa, jugaba con las cortinas después de la merienda. Era por la noche cuando más nos acechaba. Ahora lo sé, pero jamás advertí los golpes sordos como la prueba de su presencia en casa. Los escalofríos repentinos en la madrugada eran quizá su pelaje que rozaba la piel cuando intentaba acercarse. Jamás me di cuenta que, inmerso en la búsqueda de una figura arquetípica que evitar, estaba vulnerable ante su presencia.

¿De qué hubiera servido? Después de todo, la muerte no es un gato, sino su sombra; imperceptible en la oscuridad e incapaz de ser capturada. Lo único que hubiera cambiado, es que reconocería su silueta pavoneándose detrás de la puerta, incapaz de

acercarme lo suficiente como para conocerla. Para acercarte a un gato necesitas su aprobación primero, y la muerte, siendo la sombra de uno, confió en mí su presencia por primera vez en el hospital; resaltando sobre los pálidos muros.

La muerte es la sombra de un gato negro que recurre a su agilidad para mofarse de quienes pretenden no verla frente a sí. Como Alicia que fue guiada por un gato, encontré sus huellas en los pasillos esterilizados. Pero en este país la única maravilla era esa sombra que se presentaba como una visita inocente, que juega y se escabulle en rincones donde no se puede alcanzar.

Después de eso, estuvo acicalándose sobre el féretro abierto toda la noche, dirigiendo de vez en

cuando fantasmales miradas fugitivas hacia mí, meneando su cola. Así me hizo saber que estaba al tanto de la situación. También se restregó un par de veces en mis piernas cuando me levantaba a aceptar las condolencias de personas cuyo rostro evaporaba mi atención, con la esperanza de reconocer las facciones de la sombra.

Por supuesto que no pude conseguir nada, más allá de perder la posibilidad de reconocer el entorno en el que estaba, como si dentro de un sueño me hubiesen anestesiado y entonces no sentí nada. Apenas y podía moverme. Esa noche evité a toda costa asomarme al féretro. Creí que el cristal que me iba a separar del cuerpo inerte iba a reflejar al animalejo posado sobre mi cabeza, amenazante.

Otras veces me arrollaba la idea de que no estaba pasando y en cualquier momento abriría los ojos viendo desde el otro lado de ese cristal. Yo no sentía nada más que la sombra del gato presente, convenciéndome de que era yo quien estaba ahí, y por eso no podía acercarme. Evitaba la muerte física porque descubriría mi cuerpo inerte. Por eso solo yo la veía.

Al día siguiente la encontré varias veces siguiéndonos al cementerio. Por momentos la perdía de vista, pero estaba ahí, respetuosa en la distancia; recordándome la veracidad de la situación. Recuerdo haberla visto entrar en la cripta un segundo antes de cerrarla, y mirarme a los ojos mientras con sus patas delanteras jugaba con una flor que había lanzado. En

ese momento creí haberle perdido el rastro y salí del trance en el que estaba.

La cosa es que ayer oí ruidos en la madrugada, mientras iba a la cocina por un poco de agua y vi algo correr entre la oscuridad. Era una sombra. De vez en cuando resurge la sensación de anestesia y me resulta difícil mantenerme al tanto. Sé que está en la casa, pavoneándose en la esquina de la habitación. Acechando. Desde ayer tengo miedo de mirar en mi reflejo y no encontrarme, sino a la sombra de un gato negro.

Sueño con ser Ícaro

—Sueño con ser Ícaro— vuelvo a soltar, con bastante desesperación.

—Muy bien, trata de contarme qué es lo que pasa en tu sueño.

—Está bien —respiro— Todas las noches, cuando me voy a dormir, tengo la sensación de que algo va a pasar.

—¿Es alguna clase de sueño lúcido, Rafael? —me interrumpe.

—No. Siempre estoy parado en el mismo lugar, junto a mi cama. Estoy agitado y necesito aire. Intento abrir la ventana, pero siempre está sellada. Hace

mucho calor y empiezo a sudar —me siento acorralado, trato de acomodarme en este incómodo sillón—y entonces salgo de la habitación —me estira el vaso de agua para que beba.

—¿Qué pasa entonces? —me enderezo nuevamente.

—La primera vez —empiezo— me sentía observado desde atrás. Sentí muchas ansias, casi un escalofrío. Estaba incómodo. —mis dedos también se sienten incómodos en este sillón tan ruidoso y duro. Empiezo a sacudirlos de uno en uno, tamborileando sobre el desgastado y ruidoso cuero café. Tac, tac, tac, tac, tac. Cada vez con más velocidad. Tac, tac tac tac.

—¿Y entonces? ¿qué pasó?

—Al abrir la puerta, sentí que frenéticamente caía a la nada, todo era oscuro. Me sentía incómodo y observado desde todos y ningún lado a la vez. —tac, tac, tac, tac tac tac tac. —Luego, desperté.

—¿Ese fue todo tu sueño?

—Solo la primera vez. Las siguientes fue justo lo mismo. Como siempre, estoy parado en el mismo lugar, junto a mi cama. Tengo mucho calor y me siento incómodo. Logro abrir la puerta esta vez y asomarme al pasillo. Hay un espejo frente a mí. Me observo, pero... pero yo no soy yo.

—¿Qué hay de diferente en tu reflejo?

—Todo. Estoy semidesnudo y mis rasgos no pertenecen en lo absoluto a mí. Además, hay demasiado ruido y me siento totalmente abrumado. Es

como si cincuenta personas estuvieran ocultas en mi pasillo, yo no puedo verlas y todas están hablando de diferentes cosas, con diferentes tonos e insistencia. ¿me explico? —Él solo asiente, sin dirigirme la mirada. Toma un par de notas mientras yo trato de calmarme al ritmo de mis dedos angustiados. Clap, clap, clap — Algunos gritan —continúo—, no puedo entender una sola palabra. Solo la mezcla de sonidos horribles en mis oídos. Y detrás de mí, algo sigue mirándome. Sigue haciendo mucho calor y cuando me adentro en el pasillo, ya no estoy en mi casa.

—¿En dónde te encuentras entonces?

—No reconozco ese lugar. Intento volver. Estoy perdido. Por más que doy vueltas en torno a mí, no hay más que un camino estrecho y vagamente iluminado

por un foco que tiritaba una luz amarillenta que todo lo hace lucir peor. Y alguien me sigue mirando. Además, ya no puedo volver a mi cuarto, ¡justo aquí estaba y luego ya no! Me desespero bastante. Y luego, despierto. —¿Cuántas veces tuviste ese mismo sueño? — cuestiona el hombre frente a mí, que no ha dejado de tomar notas en su pequeña libreta.

—No lo sé, un par.

—¿Y luego cambió? El sueño, ¿fue diferente?

—Un par de días hace, había descansado de soñarlo y de repente, todo vuelve a ocurrir de la misma manera, hasta que entro en el pasillo y todo desaparece. Me di cuenta que estaba atrapado en un laberinto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los pasillos se enlazaban con otros que parecían no ir a ningún lado. Estaba acorralado. Todas esas voces seguían sonando. No podía detenerlas. Empecé a caminar por el pasillo, cubriéndome los oídos de cuando en cuando, pero era imposible dejar de escucharlas. De pronto, entre todos esos sonidos, oí un bramido. Estoy seguro de ello. Me asusté, intenté escapar. Pero igual que los otros ruidos, el bramido no dejaba de taladrarme la cabeza con tanta fuerza que me hacía sentir que iba a explotar. Corrí porque no quería que eso me atrapase, pero me tropecé con algo en el suelo. Y luego, desperté.

— ¿cuándo fue la última vez que soñaste con algo así?

—Ayer. Antes de despertar aquí. Al salir al pasillo, el espejo estaba ahí, y las voces, y el calor, y la horrible sensación de que algo estaba mirándome todo el tiempo desde un punto en el que no podía identificarlo. Pero esta vez estaba iluminado por antorchas. Cuando me giré a buscar la puerta de mi habitación, de nuevo no estaba. Un hedor nauseabundo inundó el ambiente. —Me incorporo y por primera vez desde que desperté, veo a mi alrededor; paredes blancas, altas. Bien iluminado, un par de libreros y los sillones en donde estamos. También hay un escritorio al fondo. No hay una sola ventana.

—¿Por qué no hay una ventana aquí?

—No hace falta.

—El bramido siguió acorralándome desde todas direcciones y las voces eran interrumpidas de vez en cuando por un nefasto alarido. A pesar del fuego que danzaba cerca de las paredes, el lugar era bastante oscuro. Olía muy mal. Empecé a caminar por los estrechos pasillos sin saber en realidad a dónde me estaba dirigiendo. Había manchas en algunas partes del piso. Las voces gritaban horrible. Algunas pedían ayuda, pero no sabía qué hacer, no podía identificar de dónde venían. Me empecé a asustar. Corrí adentrándome más en ese lugar del que nada conocía, pero el bramido me seguía a todos lados. Después hubo pasos. Encontré entonces un nuevo camino que seguir y no dudé en adentrarme, y llegué a una especie de sala enorme, con una mesa de madera en el centro.

Me acerqué más tranquilo porque no podía escuchar tan cercanos los lamentos. Había ahí un balcón, y salí. Frente a mí había un glorioso mar, iluminado por un sol radiante, hermoso. Ya no sentía el sofocante calor que en el resto del sueño. Me sentía cómodo, con la brisa fresca golpeando mi rostro y el viento que no dejaba de jugar con mi cabello. A lo lejos, un águila volaba con parsimonia. Y luego, se posó en mi brazo derecho. Alcé los brazos y volé. ¿Sabe? Me sentí feliz. Es decir, mientras volaba. El viento jugaba conmigo y el sol me hacía sentir vivo. Me sentí libre. ¿Sentirán lo mismo las aves? —niega con la cabeza, con incertidumbre— Y luego, cuando estaba alzándome junto al águila, desperté aquí.

—¿Qué significa, doctor?

—Por lo pronto, que estarás un tiempo aquí. —

¬Me conduce por un pasillo estrecho y bien iluminado.

El ambiente tiene el mismo olor característico de los hospitales; a enfermedad y medicina, a muerte. Llego a una habitación que, excepto de la cama colocada en el centro, está vacía. Las paredes son altas y blancas. Muy bien iluminado el lugar. Pero de nuevo, no hay una sola ventana. La excusa, es la misma. Decido acostarme a dormir. Me siento cansado. La cama no es incómoda. Duermo. Entonces, despierto parado justo al lado de la cama, como cuando soy Ícaro por las noches. Siento la boca reseca. No hay nada ni nadie en la habitación, así que decido salir al pasillo. Estoy de nuevo encerrado entre delgados pasillos, ya no puedo regresar. Empiezo a avanzar, detestando el aroma a desinfectante de

hospital que inunda todo el lugar. Camino sin rumbo fijo, sin entender qué es lo que está pasando. Tengo miedo. Respiro, tratando de controlarme.

—Doctor, necesito un poco de agua —suelto a la espera de encontrarme a alguien que pueda ayudarme.

Sigo caminando, hasta que doy con una oficina amplia, con una mesa de metal en el centro, y nada más. Encuentro, detrás de unas persianas antiguas, una ventana que da hacia la calle. Me miro en el reflejo del cristal; solo una bata cubre mi cuerpo. Las mangas, holgadas hasta la muñeca se acomodan del mismo modo en que el artefacto de Ícaro se acomodaba bajo sus brazos. Logro abrir la ventana. Siento lo mismo que frente a aquel mar en mis sueños. Me siento feliz nuevamente. Al fondo, escucho algo caer, algo que en

principio imita muy acertadamente el bramido en el laberinto. Me acerco al pasillo afuera de la habitación. Un murmullo va en un constante crescendo hasta llegar a mis oídos la frase; Que descanse en paz. Así sea.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Me siento mareado. El aire me falta. Corro a la ventana en busca de oxígeno y salto extendiendo los brazos, igual que el águila cuando soy Ícaro por las noches. Abro los ojos. Escucho el sonido sordo de un puñado de tierra golpeando algo. Clap. Clap. Clap.

Qué descanse en paz.

Así sea.

JONATHAN VÁZQUEZ



Jalisco, México (2000). Estudiante de letras hispánicas en la Universidad de Guadalajara desde el año 2018, escritor en ciernes y poeta. Ha sido publicado en revistas digitales como *Patíbulo Fanzine*, *Tulipes*, y *El Humanista*.

“Para describirme tendría que saber quién soy, y como aún no estoy seguro de ello, escribo lo poco que he aprendido de mí: escribo cuando siento que la mente me estalla. Escribo yo (un nadie) para que nadie me lea. Soñador por vocación e individuo triste a tiempo completo”.

Índice

Que así sea.....	2
Hay un monstruo en el ropero.....	7
La muerte es la sombra de un gato negro.....	13
Sueño con ser Ícaro.....	19
Jonathan Vázquez	31



Título: La muerte es la sombra de un gato negro y otros cuentos.
Autor: Jonathan Vázquez.

Edición digital Hoja en Blanco: marzo, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*.



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

